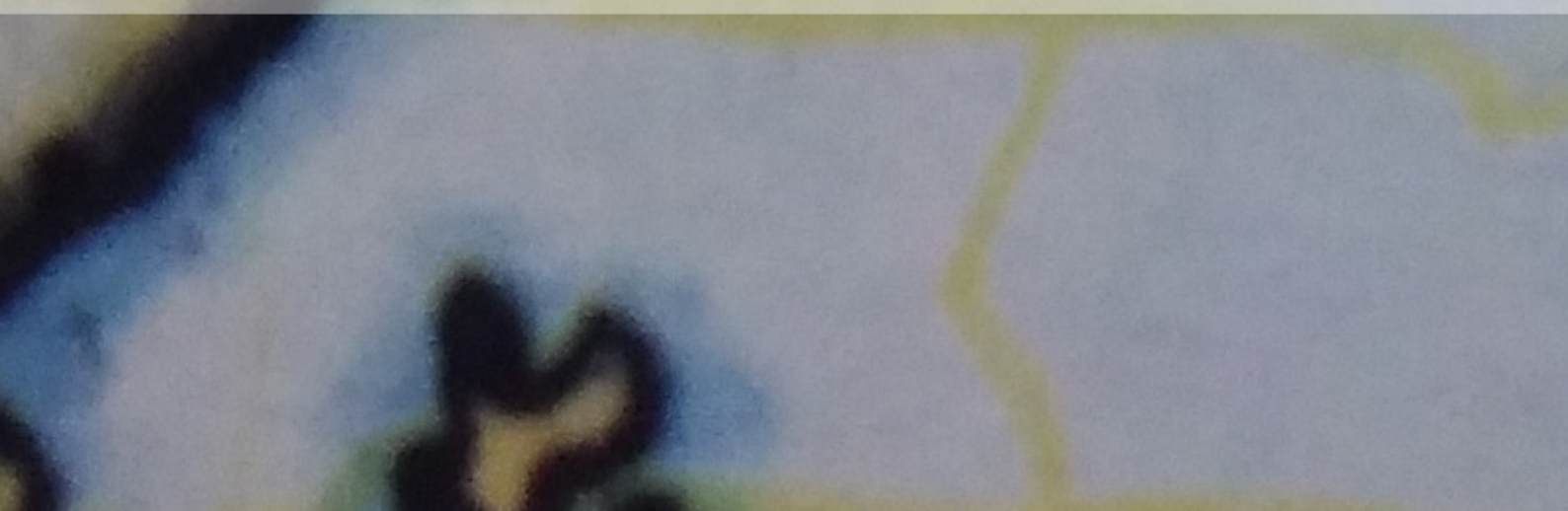


Subalterno Rey

Chelo Mil



Subalterno Rey

Chelo Mil

desnudo

Editorial Digital

###

La academia nunca me preparó para esto. Años de meticulosa formación en el campo de las Letras para que una palabra, un simple vocablo, provoque mi derrumbe. Engaño. Mariana no solo me dejó, sino que se fue con él, con Andrés, mi entrañable amigo. Cuando me enteré, ambos, juntos, me citaron en el bar de enfrente de la Facultad para darme justificaciones, o algo así. Que algo fuerte había surgido entre ellos, que hay cosas que no se eligen, que el amor irrumpe sin dar explicaciones, que nunca fue su intención hacerme daño, y demás. Podrían haber elegido otro escenario distinto al bar de la Facultad. Tantas veces estuve ahí, primero con compañeros y profesores, luego con alumnos. Cuando iba llegando sentía que me iban a dar la devolución de un examen, por supuesto uno en el que me había ido terrible, un humillante tres, o un uno. Otro lugar, lejos de nuestra cotidianeidad académica. Pero no, fue allí, como si educación sentimental fuera una materia más, compleja, contradictoria, un gran desafío para mí incumplido. Y ahora mi nombre, Darío Fuentes, carga con un par de significados nuevos: abandono, desolación. Y furia. Sí, estoy enojado, y voy a vengarme, de ellos y de la ciudad cómplice que los acompaña en su primavera. Ya van a ver.

* * *

Coger a Marcos me encanta. Solo basta que entre al rancho a la hora acordada y que se saque la ropa, en silencio. No hablamos nada, no tenemos mucho para decirnos. Es morocho y toba, como yo, pero es hermoso, tiene rasgos delicados, y un culo perfecto. Lo acuesto boca abajo en el colchón, me desnudo, y lo cojo. Él se abraza al colchón y gime. Me gusta como gime. Y me gusta llenarle el culo de leche, después de un buen rato de bombeo.

Ahora nos damos un abrazo y lo veo irse. En un rato entra a trabajar, en la casa de familia del centro donde limpia.

Yo trabajo haciendo changas de albañilería, pero hoy no tengo nada, así que voy a ordenar un poco el rancho, hacerme algo de comer y mirar un rato de televisión, el tres o el cinco, los canales de aire.

El noticiero. Entiendo lo que dicen, pero no lo que está escrito en la parte de abajo de la pantalla. Siempre me pregunto qué será, si un resumen de lo que hablan o un anticipo de lo que va a venir, no sé. La verdad es que tengo 34 años y nunca aprendí a leer y a escribir.

Supongo que mi nombre, que traducido desde el qom significa "valle fértil", carga con eso que llaman analfabetismo.

###

Estoy sentado en el estudio, de casa, mirando para afuera, al jardín, y pensando en Mariana, en como nos sentábamos allí a charlar, en las tardecitas de verano. Recuerdo la sensación que me embargaba en esos momentos, una sensación plácida, que se puede describir con la palabra, con el concepto de “hogar”. Pero ahora lo único que hay en el jardín es frío, y ausencia. Ya pasó un mes, y todavía me cuesta, la situación. Los imagino compartiendo cosas, riéndose, pasándola bien juntos, y mi ánimo cae hasta el piso.

El escritorio está poblado de libros y apuntes. Un diccionario de latín, otro de griego, un compendio sobre mitos hebreos y un cuadernillo sobre arameo. Un número de una revista científica literaria que aborda el tema de las lenguas indoeuropeas. Entre otras cosas.

Mi proyecto avanza, a paso lento pero firme. Mi venganza. Nunca había pensado en utilizar lo que la formación académica me dio, para quitar vidas, pero hoy, desde el desamor y la furia, eso tiene sentido. Solo tengo que acercarme al origen, a la potencia de lo primitivo, para después volver al mundo contemporáneo y clavarle una daga arcaica y fatal.

Tengo que encontrar el código. El código lingüístico que haga lo que yo quiero que haga. Tiene que estar por ahí, solo hay que buscar por el sendero correcto, solo hay que persistir en la investigación.

Soy como un programador, que utiliza un lenguaje informático para lograr un efecto, una funcionalidad. Pero mi materia prima es otra, va más allá en el tiempo, y por lo tanto trasciende lo binario, lo digital, es anterior, y posee otra fortaleza. Yo no busco crear una aplicación para android, busco una lectura que se transforme en la última lectura para quién la lee.

Solo tengo que encontrar el código.

* * *

Temprano, tipo cinco y media de la mañana, me llamó el jefecito. Así que hoy, por suerte, me tocó laburar. Llegué a las siete a la construcción (una casa de dos plantas en Refinería) y estuve toda la mañana cargando bolsas de arena y usando el fratacho, alisando cemento para que una pared después pueda ser pintada.

Ahora estoy almorzando, sentado en el cordón de la vereda, comiendo un sándwich y tomando una gaseosa, con mis compañeros. Ellos hablan de fútbol, de los partidos del fin de semana. Yo pienso en dos cosas: en Marcos, que hace varios días no pasa por el rancho y en lo que dijo Ariel, el anciano de mi tribu, ayer, en la reunión del barrio.

A Marcos lo extraño, extraño coger. Tanto es así que me la paso mirando, siempre que puedo y sin que se dé cuenta, a Raúl, un compañero al que conocí hoy. Es blanco, grandote y masculino, tiene barba de unos días, tendrá unos treinta años y porta un culo robusto, que se nota a pesar de la ropa de trabajo holgada. Es muy distinto a Marcos, pero me gusta igual.

Por otro lado, en mi cabeza sigue dando vueltas lo que dijo Ariel. Con un tono raro para él, que expresaba mucha preocupación, e incluso miedo, habló sobre un desafío enorme que habría que enfrentar en tiempos cercanos. No dio detalles, pero todos en el barrio sabemos que su intuición no falla.

Siento que me tocan el hombro, me doy vuelta y veo, con sorpresa y alegría, que es Raúl.
- Acompañame -me dice.

Lo sigo hasta el descampado de la parte de atrás de la construcción y él, después de que comprueba que nadie nos mira, se arrodilla, me baja la bragueta y me empieza a chupar la pija. Yo por momentos le acaricio el pelo y de a ratos le agarro fuerte la cabeza para que mi pija llegue hasta el fondo de su garganta.

###

Lo logré, tengo el código. Luego de varios meses de trabajo de investigación conseguí lo que quería. Tengo en mis manos un arma nunca antes vista, hasta donde yo sé jamás utilizada. Un arma sutil pero efectiva, y mortal, justo lo que mi plan necesita.

También descubrí el antídoto, otro código capaz de detener el proceso que lleva a la muerte. Éste está construido agregando al primero una compleja trama de prefijos de negación, en lenguas antiguas. Se imaginarán que me vi obligado a llegar a ambos códigos al mismo tiempo, para no ser la primera y quizás única víctima de mi propia venganza. Aunque estuve al borde. Hubo un momento en que el código letal estaba escrito en una hoja A6 lisa, sobre mi escritorio. Lo leí y me empezó a doler la cabeza, con mucha intensidad. Allí supe del éxito de mi empresa, pero también entré en pánico ya que mi vida corría peligro: el antídoto estaba incompleto, faltaba agregar el último prefijo. En quince minutos probé todas las variantes posibles, hasta que decidí darle lugar a lo más sencillo, al origen de las lenguas romances, el latín. Y funcionó. Leí el nuevo código sobre otra hojita blanca y de a poco el dolor empezó a ceder, hasta desaparecer.

Ahora estoy esperando a Irma, la mujer que limpia mi casa tres veces por semana hace años. Decidí que ella sea la primera víctima, el caso testigo. Le voy a decir que lo primero que haga sea ordenar el escritorio, dónde, en una esquina, solitario e imposible de eludir va a estar el código escrito sobre un papel.

Tocan el timbre, es ella. Nos saludamos con una sonrisa y un beso en la mejilla. Le doy las indicaciones y pongo algo de música clásica, para que al menos se vaya de este mundo escuchando algo hermoso.

- Señor, ¿tiene algo para el dolor de cabeza? -me pregunta, con algo de preocupación.

Le acerco al estudio una cápsula blanda de ibuprofeno 600 y un vaso de agua.

Pero es inútil, a los veinte minutos escucho desde la cocina la caída de su cuerpo. Me acerco y compruebo que ya no hay pulso, ni respiración.

& & &

Mariana despertó en los brazos de Andrés, y se quedó un rato en la cama, disfrutando de ese calor, fruto de una relación que florecía. Luego corrió el brazo de su pareja con cuidado y se levantó para prepararse el desayuno. Se puso las pantuflas, prendió el calefactor y fue hasta la cocina. Puso a calentar leche para el café, hizo unas tostadas y sacó de la heladera la manteca y el queso crema. Cuando todo estuvo listo utilizó una bandeja para llevarlo al escritorio y comer allí, frente a la computadora. Como todas las mañanas iba a dar un pequeño paseo virtual por sus redes sociales. Twitter, instagram y facebook. En twitter recibía, por llamarla de alguna manera, la agenda del día que llegaba desde Buenos Aires y Europa, tamizada con ironía y sarcasmo. En instagram podía ver imágenes que su contactos sacaban con sus teléfonos inteligentes: algunos paisajes, mascotas y fotos de comida. Y en facebook, donde se relacionaba con familiares y amigos cercanos, descubrió con sorpresa que había un mensaje de Darío, su ex. No tenía idea de qué se trataba, ya que las cosas no habían terminado bien. La reunión en el bar de la Facultad había estado llena de agrios reproches y después no había sabido nada más de él.

Abrió el mensaje y leyó algo raro, como agramatical, una especie de código. No entendió nada, pero notó que un fuerte dolor de cabeza comenzó a habitarla.

Andrés se despertó y notó que estaba solo en la cama. Se levantó y fue hasta el baño. El departamento estaba cálido. Al salir vio a Mariana en el escritorio, pero estaba inmóvil y su cuerpo en una posición rara. Estaba como desmayada sobre la notebook. Se acercó preocupado y pisó un charco de café con leche que estaba en el suelo. Sus medias grises absorbieron el marrón claro pero indeleble.

- ¿Amor? ¿Mariana? -le dijo con un leve temblor en la voz mientras la agarraba del hombro y la sacudía, firme pero con cuidado.

No hubo respuesta, y el cuerpo de Mariana estaba frío.

La ambulancia del Sistema Integrado de Emergencias Sanitarias llegó a la redacción del diario La Capital a las 2:37 de la madrugada. La llamada al 107 fue realizada para asistir a uno de los encargados de maquetación del periódico, que se descompuso en plena tarea. Al parecer dio cuenta de un punzante dolor de cabeza al visualizar una extraña solicitada en la pantalla de su computadora, mientras intentaba ubicarla en la página cinco del matutino. La misma contenía la frase “Se acabó la primavera” y una extraña secuencia de caracteres en el renglón siguiente, en negrita y con un tamaño de fuente que doblaba lo habitual para este tipo de recuadros.

La solicitada había sido encargada vía correo electrónico y en forma anónima, pero el editor la aceptó (sin siquiera leer su contenido) porque había cumplido con los requisitos económicos, es decir, había sido pagada por adelantado a través de un depósito bancario, también anónimo.

Los paramédicos encontraron al empleado todavía con vida pero no pudieron hacer mucho, y éste entró en coma y falleció en el trayecto hacia el hospital de emergencias.

A pesar de este incidente el diario fue publicado y por la mañana ya estaba en manos de todos los canillitas de la ciudad, y descansaba sobre alguna mesa o estante en casi todos los bares de la misma.

La moza de Pasaporte, el bar ubicado frente al edificio de la ex aduana, no podía creer lo que había sido su mañana laboral: de los nueve clientes que le habían dicho que tenían dolor de cabeza, cinco se habían ido a buscar una farmacia (algunos sin pagar) y cuatro

habían perdido la vida allí, sobre las sillas de mimbre de la vereda o en el cálido interior del local, donde la decoración con madera color ocre predominaba. A las ocho y media de la mañana ya había dos ambulancias sobre los adoquines de calle Urquiza, y ante el número de casos los paramédicos arriesgaron que estaban ante una intoxicación y llamaron a Bromatología de la Municipalidad para que cierre y examine el lugar.

Oswaldo, un hombre de unos cincuenta años, casado y con dos hijos, había ido a Pasaporte a desayunar temprano, antes de entrar al trabajo. Estaba leyendo el diario en una de las mesitas de la vereda cuando lo asaltó un dolor de cabeza espantoso. Decidió pagar enseguida e ir a comprar algún analgésico pero, como la moza no aparecía, dejó cincuenta pesos sobre la mesa y se fue.

Subió caminando por calle Maipú, y la vibración que sus pasos producían solo agravaban el dolor, que se hacía más intenso. Llegó a la farmacia de enfrente de la plaza 25 de Mayo, por Laprida, y vio que no había mucha gente: solo un empleado en el mostrador atendiendo a un adolescente que quería comprar preservativos.

- Pero, no entiendo, ¿por qué hay tanta variedad? Texturados, super finos, con sabor a frutilla... ¿cuál tengo que llevar? -decía el pibe, en medio de los preparativos para su primera relación sexual.

- Mirá, los texturados aumentan la sensibilidad en la penetración, los saborizados son para sexo oral, los super finos... -le explicaba el farmacéutico con una sonrisa.

- Esos seguro se rompen fácil... -interrumpió el chico.

- No, son de látex, como los otros, si el forro está en buen estado y bien puesto no se rompe. ¿Sabés cómo se coloca?

La irritación de Oswaldo no tenía límites, estaba todo mal, ya se sentía descompuesto e iba a llegar tarde al laburo.

- Disculpame, necesito algo urgente para el dolor de cabeza -llegó a decir, antes de desmayarse y empezar a convulsionar.

Darío Fuentes tenía 1528 seguidores en twitter, y decidió, también a ellos, convertirlos en víctimas. Pasado el mediodía publicó un tuit que contenía el código letal y dónde, además, pedía que hagan RT al mismo. Pasadas un par de horas éste ya era tendencia a nivel nacional.

Martín era un graduado de la carrera de Letras que vivía en Barcelona hace unos años. Europa siempre le había “tirado” y había podido irse a vivir allí gracias a su abuelo, que era ciudadano español.

Cerca de las cinco y cuarto de la tarde, después de merendar frente al televisor, en su departamento, se acostó en el sillón para descansar un rato, pero con el celular en la mano. Abrió twitter y, entre otras cosas, vio el tuit de quien había sido su profesor en la Facultad, en Rosario. Leyó el código y, al mismo tiempo que presionaba el botón para hacer RT, empezó a sentir un dolor de cabeza.

Acostumbrado a este tipo de dolores, que eran algo usual para él, no hizo más que ir a la cocina para buscar paracetamol, que estaba arriba de la heladera. Se sirvió un vaso con agua de la canilla, tomó una pastilla y después fue al balcón a tomar algo de aire fresco. Tenía desde allí una vista muy urbana, podía ver los edificios de enfrente, mirando hacia abajo la calle y, en un rincón en dirección a la derecha podía ver el cielo, que en esos momentos ya comenzaba a presentar algunos tonos de rosado.

Estuvo un rato mirando el atardecer, relajado, pero conviviendo con el dolor, que no cedía. Al contrario, se hacía más intenso con el pasar de los minutos.

La señora del almacén de abajo vio todo. Justo en ese momento no tenía clientes y estaba sentada mirando hacia la vereda. Fue testigo de cómo el cuerpo de Martín impactó contra el pavimento. Lo primero que hizo fue llamar a la ambulancia y, después, salió a la calle y se acercó al muchacho, que no se movía. Lo reconoció, era el chico del tercer piso, quien esa misma mañana le había comprado pan y algunas cosas más.

* * *

Hoy no laburé y no hice nada en todo el día, por lo menos nada afuera del rancho. Estuve tirado, comí un arroz, miré televisión, y me hice una paja pensando en Marcos y en Raúl, en los dos al mismo tiempo. Imaginaba que estaban desnudos, boca abajo y uno al lado del otro, uno blanco y el otro negro; y yo los cogía por turnos mientras ellos se besaban. Estuvo bueno, acabé un montón.

Ahora son cerca de las siete de la tarde, afuera ya oscurece y estoy mirando canal cinco, a donde está por empezar el noticiero.

Como siempre no entiendo lo que está escrito, pero veo que está sobre un fondo rojo, así que supongo que es material urgente.

El conductor empieza a hablar sobre una serie de muertes en la ciudad, unos trescientos casos, principalmente en bares, pero también en casas particulares del centro y de los distintos barrios. Dice que colapsaron todos los sistemas de emergencia, que las ambulancias no dieron a basto, y que primero se pensó en una intoxicación masiva, quizás algo en el agua, pero que eso ya está descartado porque Bromatología no encontró nada fuera de lo común y el agua potable sigue siendo apta para consumo.

Muestran entrevistas con dos mozas y un encargado de diferentes bares, pero que dicen algo en común: todas las personas que murieron tuvieron primero un fuerte dolor de cabeza. Así que indican que ante este síntoma no hay que automedicarse y sí ir urgente a un hospital.

El conductor sigue contando detalles sobre la situación con un gesto serio, pero yo solo puedo pensar en las palabras de Ariel, y en el miedo en su mirada. Seguro que éste es el desafío del que él hablaba, pero me pregunto: ¿qué puedo hacer al respecto?, ¿cuál será mi papel en esta historia?

###

Estoy en mi casa, con el calefactor prendido, y tirado en el sillón con ropa cómoda. Tengo una copa medio llena en mi mano derecha y hay sobre la mesa ratona una botella abierta de vino blanco cosecha 2003, que guardaba para una situación especial. Cada sorbo sabe a victoria.

Estoy viendo el noticiero de la noche y éste confirma que mi venganza ya está en marcha. Dice que hubo trescientas muertes cuya causa se ignora, pero seguro son más, ya que no todos los casos fueron reportados todavía. Además, no da cuenta de lo sucedido a nivel nacional, e internacional; porque La Capital es un diario local, pero las redes sociales que utilicé para difundir el código trascienden, gracias a internet, los límites de Rosario.

Pero el puntapié inicial de mi plan, y lo más gratificante del mismo, fue la muerte de Mariana, hoy temprano. Solo bastó con ver en el chat de facebook la confirmación de lectura del mensaje que le envié, para saber que ella ya no estaba más, que ya no existe. Siempre fue una mina que no le tuvo miedo a las decisiones difíciles, como cuando hace poco me dejó por Andrés, mi mejor amigo; pero hoy yo decidí por ella, y decidí ponerle fin a su vida.

Ahora resta sumar creatividad y buscar nuevas formas de hacer masivo el código: se me ocurren opciones tan disímiles como pintar con esténcil sobre algunas paredes céntricas de la ciudad (donde hay más tránsito de gente), enviar mensajes a través de whatsapp, o utilizar de alguna forma (anónima) la televisión en horario central.

Como ven mi dolor florece en negro y muerte y, como ya dije, esta ciudad cómplice va a pagar, va a compensar con más dolor, ajeno, el desamor, el vacío y la ausencia.

Se acabó la primavera.

& & &

Un mes después.

La peatonal Córdoba estaba vacía un martes al mediodía. El constante ajetreo de oficinistas, comerciantes, transeúntes y vendedores ambulantes había sido reemplazado por el silencio y el frío. Parecía un paraje poblado de fantasmas y muerte.

Tirado en las puertas de la Galería del Paseo el cuerpo de un hombre de unos cuarenta años, vestido con traje y corbata. En su mano izquierda una maletín negro y en el piso, cerca de su mano derecha, un teléfono inteligente, que ni siquiera fue robado.

Varios cadáveres de adolescentes, con sus celulares, cerca de la ventanilla de postres del McDonald's ubicado en el cruce de las dos peatonales; y en el interior, el cuerpo de un empleado semi sumergido en la freidora, con el aceite ya frío y con cierta solidez.

La mujer de los chipás, que solía seducir con su cantito a los que pasaban caminando entre Sarmiento y Mitre, yacía muerta junto al carrito, y en el espejo del subsuelo de la galería Favorita se podía ver un grafiti que decía "No leas", con hilos irregulares de pintura roja chorreados, como si fuera sangre.

En la intersección con calle Entre Ríos, un vendedor ambulante sin vida sobre su manto con medias de marca truchas; y junto a la parada de colectivos, un estudiante de Humanidades, con pantalón y campera de jean, y un cuaderno y varios apuntes fotocopiados alrededor.

En la escalinata de la Bolsa de Comercio un perro que arrastraba solo su correa merodeaba los restos de un corredor; y en el stand de la editorial municipal se podía leer un cartel improvisado con fibrón negro sobre una A4 que decía "Cerrado hasta nuevo aviso". El otro stand, el de turismo, estaba abierto y desierto, y sobre el mostrador externo reposaban varios folletos que destacaban los distintos atractivos de la ciudad, entre los

que aparecía su efervescente vida cultural.

El mismo panorama se reproducía en distintos escenarios de la ciudad.

En el Monumento Nacional a la Bandera había muertos sobre el mármol, sobre las escalinatas; un par de gendarmes sin vida en su destacamento (que tenía las puertas abiertas de par en par), y la llama votiva, que permanece encendida en homenaje a quienes dan la vida por la Patria, estaba apagada. Las estatuas de Lola Mora del Pasaje Juramento estaban adornadas con cuerpos sobre el espejo de agua, los cuales habían caído desde el puente peatonal.

En el Parque de España el paisaje era tristísimo: nadie subía ni bajaba las grandes escaleras, en las explanadas había cuerpos y patinetas inmóviles, y en los juegos infantiles había niños muertos sobre la arena. Dos barcos de gran porte estaban varados frente al mismo, y los restos de varios pescadores descansaban junto a la baranda de la orilla.

En los hospitales los cadáveres se amontonaban en las guardias, ya que las personas habían acudido a ellos en sus últimos minutos de vida, después del primer síntoma, el dolor de cabeza. En el Provincial había unas cinco ambulancias mal estacionadas por calle Zeballos y el único signo de vida lo aportaban los gatos que paseaban por el parque interno, cerca del servicio de psicología. En el Hospital Centenario el paisaje era similar, pero había menor cantidad de médicos y enfermeros, ya que hace semanas que estaba de paro (y con guardias mínimas) cuando estalló la catástrofe.

En el shopping de calle Junín había cuerpos en el patio de comidas, en el supermercado, en las alfombradas salas de cine y en las tiendas, donde algunas señoras estoicas habían fallecido eligiendo ropa. El de calle Nansen llegó a cerrar sus puertas ante los primeros incidentes.

Las calles del centro eran un caos silente: semáforos sin luces, autos subidos a la vereda y colectivos chocados. Los carriles exclusivos para el transporte público y las bicisendas no mostraban tránsito alguno.

* * *

Estoy vivo. A pesar de que la ciudad es un gran cementerio, yo sigo acá. Pero cada vez más solo, ya que en el barrio hay muchos desaparecidos, gente que un día fue al centro y no volvió nunca más. Y también fallecidos, en su rancho, en la plaza o en las calles. El paisaje es horrible.

Mi jefe hace semanas que no me llama para laburar, debe haber caído víctima de esta catástrofe. De Raúl tampoco sé nada. Marquitos está bien, está acá conmigo, en el rancho.

- A ver, prendé la televisión, para ver si hay algo -le pido.

- No hay nada, solo niebla -me informa.

- Bueno, vamos a buscar a Ariel, el anciano, él seguro nos va a decir qué hacer.

Salimos y caminamos tres cuadras hasta su casa, que es de material. Golpeo la puerta y nadie atiende, parece que, en el mejor de los casos, no está.

- Bueno, esperemos acá en la entrada, por ahí vuelve... -digo todavía con algo de esperanza.

A la media hora vemos a alguien venir caminando a paso lento sobre la calle de tierra. Es él. Nos saluda con una leve sonrisa y nos hace entrar, nos indica que nos sentemos alrededor de la mesa redonda de la cocina y pone agua para el mate. Se queda en silencio unos instantes hasta que ya está el agua, se sienta él también, toma el primer amargo y nos pregunta:

- Apuesto a que no, pero igual confírmeme, ¿ustedes saben leer y escribir?

Le respondemos que no, yo un poco desconcertado, no sé si es el momento para interrogar eso.

- Porque estuve recorriendo el barrio -nos explica- y encontré vivos solo a Matilde,

Fernando y Agustina que, como ustedes, son analfabetos. Quizá sea una casualidad, pero la verdad es que hace unos diez días que no tengo novedades de nadie que sepa leer.

- Pero, entonces, ¿estamos vivos por eso? -le pregunto.

- Sí, es posible -me responde, y se queda callado un rato, mirando afuera a través de la ventana.

- Ahora, yo sé leer y escribir, pero no tengo celular, ni televisión, ni consumo los diarios, ni suelo ir al centro, esa es la razón por la cual todavía estoy bien -nos comenta- Pero, voy a tener que manejarme con extremo cuidado. Les digo para que ustedes también tengan cuidado, y no me vayan a traer ningún papel, ni nada escrito...

- Entendido -le afirmo, mientras Marcos asiente con la cabeza.

- Quizás ustedes que son inmunes podrían hacerse una escapada al centro, para ver si descubren algo, o encuentran a alguien más...

- Yo fui hace unos días y es un desastre -le informo- Está peor que acá, desierto y con muertos por todas partes; pero igual podemos ir de nuevo, a ver qué encontramos...

- Sí, vayan atentos, ya sabemos que todo esto es por algo que se lee, pero tenemos que conocer el origen, saber cómo y quién lo empezó, porque quizás haya un antídoto, algo con qué proteger a la gente de esta especie de terrorismo...

- Está bien -le digo, y con Marcos y el anciano tomamos unos últimos mates, en silencio.

Salimos de la casa de Ariel y vamos caminando hasta el rancho. Agarramos las bicicletas y empezamos a pedalear. Le digo a Marquitos que vamos a hacer una parada antes del centro, que vamos a ir a la construcción en Refinería, a ver si hay novedades de Raúl, del jefe o de alguno de mis otros compañeros.

Llegamos y en apariencia no hay nadie, por lo menos en la vereda. Pero entramos y en la

parte de atrás, donde empieza el descampado, está Raúl.

- ¡Yo sé leer! ¡Yo sé leer! ¡Me voy a morir! -grita en medio de una evidente crisis nerviosa.

- Tranquilizate -me apuro a decirle, mientras que con mi mano derecha le acaricio la mejilla. El contacto de nuestra piel y de mi mirada con la suya logran calmarlo un poco.

- Mirá, te vamos a llevar a la casa de Ariel, el anciano de nuestra tribu, en el barrio toba, nuestro barrio. El también sabe leer, pero está bien, porque no tiene televisor, ni celular, ni nada. Es un lugar seguro, ya vas a ver...

- Pero, ¿y si leo algo en el camino? -me dice preocupado.

- Vos mantené los ojos cerrados y subite a mi bici, que yo te llevo, en un rato estamos.

En lo de Ariel Raúl tomó un té de tilo que le preparó el anciano, se tranquilizó y nos contó qué le había pasado y cómo descubrió el peligro que implica leer. Sucede que hace unos días vio morir a su compañero de pensión, y éste le dijo antes de exhalar su último suspiro que el dolor de cabeza, el primer síntoma, le había empezado al leer algo extraño en una cadena de whatsapp, algo como un código, una rareza que no tenía significado (por lo menos en español), pero que le había producido ese efecto inesperado y terrible. Después de unos minutos de intenso dolor, su compañero se desmayó y cayó al piso. Raúl lo puso en su cama boca arriba e intentó llamar al servicio de emergencia, pero ya nadie contestaba. Y también ya era tarde, ya había dejado de respirar, había fallecido. Le cerró los ojos y lo primero que hizo fue agarrar su propio celular y tirarlo por la ventana. También, por las dudas, desenchufó el televisor. Pensó en quedarse ahí en la pensión, pero después eligió ir a Refinería, a la construcción, para ver si me encontraba a mí, al jefe o a alguien más, para advertirnos del peligro que había descubierto. Pero no encontró a nadie y solo atinó a quedarse en el descampado presa del miedo, un par de días con sus noches, hasta que yo llegué.

Ahora seguimos sentados alrededor de la mesa redonda y Raúl toma los últimos sorbos de su té. Ya está mejor. Lo observo y me parece hermoso, quizá porque recuerdo cómo me chupó la pija aquella vez, en el descampado. Un tipo tan masculino, y al mismo tiempo capaz de ser tan hembra en la cama, me encanta. Con algo de picardía me atrevo a ofrecerle que nos demos una ducha caliente, juntos. Por suerte acepta.

Pasamos al baño, abro la canilla y empiezo a besarle el cuello. Escucho sus leves gemidos. Después le ordeno que se saque la ropa y lo miro mientras lo hace. Tiene un culo hermoso y velludo, y una erección notable. Parados bajo el agua caliente lo cojo durante unos cuarenta minutos, mientras le acaricio todo el cuerpo. Y al final le lleno la cola de leche tibia. El vapor empañó el espejo por completo, escondiendo nuestro reflejo, y nuestras sonrisas.

Con Marcos estamos llegando al centro, en bicicleta. De otra forma no se puede venir, los autos abandonados en el medio de la calle, o chocados, impiden el paso a otros autos. Solo una bici puede ir zigzagueando la chatarra. O una moto, pero no hay donde cargar combustible, las estaciones de servicio están abandonadas.

Ariel se quedó cuidando a Raúl y nos encomendó a nosotros que hagamos esta breve expedición, tenemos que volver antes de que anochezca. Nos dijo que vayamos a la Facultad de Humanidades, por calle Entre Ríos, para ver si encontramos algún indicio, una pista de cómo empezó esto.

Ya estamos a media cuadra, por la peatonal Córdoba, y vamos a pie. En la esquina, junto a la parada de colectivos, hay un estudiante, todo vestido con jean azul, tirado en el piso.

Marcos lo observa y sigue caminando, y en un momento me mira con una expresión extraña y me dice:

- Así que estuviste con el blanco, en el baño... seguro que te gusta más que yo...

- No seas boludo -le respondo, casi sin poder creer que tenga celos en una situación como ésta- Mirá, llegamos -le digo, cuando ya estamos en la entrada de la Facultad. Las puertas de madera están abiertas de par en par y las de vidrio están sin llave. Entramos. Sobre un escritorio hay un hombre de seguridad, pero sin vida. Pasamos al patio, donde también hay un par de cuerpos, contra las paredes. Ariel nos dijo que vayamos a un lugar que se llama Escuela de Letras, y nos indicó donde está. Llegamos y no vemos a nadie, pero el ventanal y las paredes están cubiertos con unos afiches de fondo negro con letras blancas gruesas, pegados. También nos pidió que revisemos la biblioteca central, que está en el primer piso y descubrimos que es hermosa, se ve que antes era una capilla, porque tiene el techo alto y en forma de cúpula. Pero el escenario es el mismo que el anterior: no hay nadie, y las paredes están tapizadas con esos afiches, pegados y difíciles de sacar.

Estamos saliendo de la Facultad, cuando giro la cabeza hacia la izquierda y por calle Santa Fe veo pasar a alguien caminando. Sorprendido y feliz por encontrar algo de vida entre tanta muerte, le pego un grito. Marcos lo ve y hace lo mismo. Es un hombre, blanco, que cuando nos ve también se sorprende (llego a ver su gesto), pero reacciona y empieza a correr en dirección a calle Corrientes. Vamos trotando hasta la esquina, pero no encontramos rastros de él, es como si hubiera desaparecido. Se debe haber asustado y escondido en algún lugar; en situaciones como éstas, tan inusuales, de tanta destrucción, uno nunca sabe bien cuales son las intenciones del otro que no conoce.

Ya está oscureciendo, así que volvemos para el lado de la peatonal y agarramos las bicicletas. Antes de empezar a volver le digo a mi compañero que vamos a pasar por el Royal que está a media cuadra, para llevar algunos chocolates de postre para la cena.

Las puertas del local están cerradas, pero alguien destruyó el ventanal de vidrio, por donde entramos. Algunas góndolas fueron tumbadas al piso, y en el fondo descansa el cuerpo de una mujer de unos treinta años pero, más allá de eso, todo parece en orden. Llenamos dos bolsas con chocolates de distinta variedad, salimos, y ahora sí, emprendemos el regreso.

Llegamos a lo del anciano ya solo iluminados por la luna, que hoy está llena. Dejamos las bolsas sobre la mesa de la cocina, Marcos pasa al baño, y yo me dispongo a contarle a Ariel lo que vimos en nuestra breve expedición. Él me dice que espere, que se lo cuente durante la cena, unos fideos con salsa que junto a Raúl están preparando.

Sentados los cuatro y saboreando la mixtura entre el tuco y el queso, le paso detalle de lo que vimos: la Facultad casi desierta, esos extraños afiches pegados y, el hombre que cruzamos y que huyó de nosotros.

###

Estoy escondido en el palier de un edificio por calle Santa Fe, porque hace unos minutos me vieron dos sobrevivientes. Me cuesta creerlo, son las primeras personas vivas que me cruzo desde que inicié el ataque, y encima salían de la Facultad, donde está lleno de afiches con el código. No entiendo, deben tener algún tipo de inmunidad. No los vi bien, pero eran morochos, uno más grandote, y el otro delgado.

Ya pasó un rato, así que se deben haber ido. Salgo y me dirijo hacia mi casa. Ya está anocheciendo y estoy empezando a tener hambre. Todavía me quedan un par de latas en la alacena, una jardinera, lentejas, palmitos, voy a comer algo de eso. El lado negativo de haber convertido a la ciudad en un páramo es que ya no hay rotiserías, no se puede comprar comida hecha, no hay quien la prepare. Y para colmo mi habilidad para la cocina es casi nula, de eso se ocupaba Mariana. Pero esta dificultad no tiene ningún peso si es necesaria para sostener mi plan, mi venganza.

Ya cené y ahora estoy sentado en el sillón, mirando para afuera, para el jardín. Pienso en el encuentro de hoy más temprano. No estoy solo en la ciudad, y voy a tener que andar con cuidado en mis recorridas. Aunque me pregunto si mi reacción fue la correcta, ¿era necesario huir de ellos? Quizá la próxima vez que los encuentre pueda al menos charlar un rato, tratar de descubrir cómo es que el código no los afecta. Y con respecto a mí, y mi papel en esta catástrofe, lo único que tengo que hacer es mentir, no tienen por qué enterarse de que yo inicié todo.

La luna llena baña los jazmines. El jardín está un poco descuidado pero mantiene su encanto. Mañana será otro día.

* * *

Me despierto en los brazos de Marcos, que todavía duerme. Sin despertarlo me levanto y voy a la cocina, donde ya está Ariel, tomando un té. Pongo el agua para el mate y miro a través de la ventana, amaneció hace poco, la luz del sol comienza a ganar fuerza y los pájaros trinan. Con el anciano compartimos por unos minutos el silencio y la contemplación, hasta que me dice:

- En un rato vienen los otros sobrevivientes del barrio, Matilde, Fernando y Agustina, les dije que vengan a desayunar.

- Bueno -le respondo- Pongo más agua entonces. Y puedo ir al almacén abandonado, a ver si quedan algunas galletitas.

- Bárbaro, y fijate también si hay yerba, se está acabando -me pide.

Tomo unos amargos con el agua bien caliente y salgo rumbo al almacén, que está cerca, a media cuadra. Entro y agarro del estante varios paquetes de galletitas de agua y dos o tres dulces. Yerba no veo a simple vista, pero al entrar a la parte de atrás, que funciona como depósito, la encuentro. Llevo un paquete grande, creo que de un kilo. Al volver coincido en la vereda con nuestros invitados, que pasan y se sientan alrededor de la mesa redonda de la cocina, para compartir unos mates y charlar.

De los nuevos integrantes de nuestro grupo puedo decir que Matilde tiene unos cuarenta años y era ama casa; su marido, fallecido en la catástrofe, iba todos los días al centro a trabajar de cadete. Fernando y Agustina son hermanos y están en sus treintas, él trabajaba de vigilador, informal, en una pequeña empresa del barrio, y ella hacía changas de costura y reparación de calzado.

Mientras los observo hablar con el anciano pienso que con ellos somos siete personas, a lo sumo ocho contando al hombre que vimos ayer, en una ciudad que solía tener un millón

y medio de habitantes. La destrucción es abrumadora.

Legales

©2017 Marcelo Darío Milman

Subalterno Rey – Narrativa – 2017

Desnudo Editorial Digital - eBook

Agosto 2017

Argentina

Versión 1.05

Sos libre de compartir, copiar o distribuir este eBook a través de cualquier medio digital, respetando la atribución.